



Paul Nuttall*

Aunque el euro se creó inicialmente en 1999 en forma virtual, el 1 de enero marca el aniversario de [la fecha](#) en la que muchos europeos tuvieron por primera vez en sus manos los billetes de la nueva moneda.

El euro se convirtió ese día en moneda de curso legal en 12 estados miembros de la Unión Europea. Atrás quedaron el marco alemán, el franco, la peseta, la lira italiana, por nombrar solo algunos, y entró el euro controlado por Frankfurt.

Era un día que debían celebrar aquellos que habían soñado con una Europa federal durante muchos años. De hecho, una moneda común había estado en el corazón del proyecto europeo desde sus inicios en la década de 1950, aunque durante muchos años estuvo en un segundo plano.

Los archifederalistas tuvieron que esperar hasta el [Tratado de Maastricht de 1992](#) para ver cómo sus sueños se convertían en realidad. Ese tratado, que casi derrocó a un gobierno británico, puso oficialmente a la UE en el camino hacia la unión monetaria y la creación del euro.

Según las disposiciones, un estado miembro tenía que cumplir con ciertos criterios económicos para unirse a la nueva moneda. Sin embargo, los criterios fueron manipulados, o en algunos casos ignorados, lo que agregó peso al argumento de que la moneda siempre tuvo más que ver con la política que con la economía.

Por ejemplo, uno de los componentes clave de los criterios era que un estado miembro no podía tener un déficit presupuestario de más del 3% del Producto Interno Bruto (PIB). Sin embargo, a los países se les permitió [modificar las cifras](#) para asegurarse de que pudieran unirse a la incipiente moneda.

Mi antiguo jefe, el economista y ex eurodiputado [Dr. John Whittaker](#) , advirtió en 2006 que los estados mediterráneos se habían colocado en una posición económica precaria debido a su pertenencia al euro.

Aunque sus advertencias fueron desestimadas en Bruselas, tenía razón. Cuando se produjo la crisis económica mundial en 2008, España, Portugal, Italia y Grecia, en particular, vieron diezmadas sus economías.

Grecia, por ejemplo, se encontró atrapada en una moneda que no era apropiada para sus necesidades económicas. Los costos laborales eran altos, la productividad baja, los préstamos demasiado altos y el tipo de cambio del euro hizo que el país no fuera competitivo en el mercado mundial.

Yo [argumenté](#) en ese momento que habría sido mejor para Grecia a abandonar el euro y volver al dracma, lo que habría permitido al país establecer sus propias tasas de interés y de cambio y hacer que la economía volviera a crecer.

Aunque los mandarines de Bruselas y los contadores de frijoles de Frankfurt probablemente sabían que esto habría sido mejor para los griegos, no podían permitirse el lujo de permitir que sucediera. Si Grecia volviera a su propia moneda y cambiaba su economía, España, Portugal e incluso Italia podrían haber seguido su ejemplo. La decisión de mantener a Grecia con la camisa de fuerza del euro fue obviamente otra que fue impulsada por la política y no por la economía.

Por lo tanto, los griegos se vieron obligados, bajo coacción, a tragarse la medicina de Bruselas, que llegó en forma de la destitución del gobierno elegido democráticamente, recortes presupuestarios drásticos y el nombramiento de una '[troika](#)' (compuesta por el Fondo Monetario Internacional, el Banco Central Europeo y la Comisión Europea), para gestionar sus asuntos financieros.

La situación griega demostró que estar en el euro es como estar en el ['Hotel California'](#) ; nunca podrás irte. Una vez que estás dentro, estás dentro, y es un camino de un solo sentido hacia una unión fiscal cada vez más estrecha.

El problema con el euro es que no se adapta a las condiciones económicas locales. Es una moneda única para todos que incorpora un conjunto diverso de economías. Y eso solo explica por qué la UE se esfuerza por lograr una convergencia económica aún mayor.

Tomemos, por ejemplo, las tasas de interés. Cuando una economía está en auge, generalmente se requiere una tasa de interés más alta. Pero cuando una economía se encamina hacia la recesión, las bajas tasas de interés están a la orden del día.

Sin embargo, el Banco Central Europeo (BCE), que gobierna el euro, tiene que establecer una tasa de interés única para los 19 estados miembros que se encuentran actualmente en la eurozona. Es simplemente imposible complacer a todos todo el tiempo, razón por la cual muchos estados miembros están luchando con una tasa de interés que es incompatible con sus economías.

De hecho, durante los últimos 20 años ha quedado claro que el tipo de interés del euro se ha fijado para adaptarse a la economía alemana. Las necesidades de quienes se encuentran en las periferias de la UE han sido secundarias. Es comprensible en un sentido, ya que Alemania es la economía más grande e importante de la UE, y también donde se encuentra el BCE.

Por lo tanto, no es sorprendente que un [estudio de](#) 2019 del Centro de Política Europea confirmara que solo Alemania y los Países Bajos han prosperado con la introducción del euro, mientras que otros países, incluidos Francia e Italia, han experimentado una caída en la prosperidad.

Con sensatez, diría yo, no todos los estados miembros de la UE se han unido al euro. Los polacos y húngaros se han mantenido al margen, los daneses [rechazaron](#) la adopción de la moneda en un referéndum en 2000 y los suecos [hicieron lo mismo](#)

en
2003.

El Reino Unido, cuando era un estado miembro de la UE, también se negó a unirse. El ex primer ministro Tony Blair quería acoger al país, pero su canciller Gordon Brown lo echó por tierra primero y luego lo obligó a considerar un [referéndum](#) sobre la moneda, lo que nunca sucedió. Si Gran Bretaña se hubiera unido, el Brexit habría sido aún más difícil.

Hace unas semanas, los ministros de finanzas de la eurozona se reunieron en Bruselas para [brindar](#) [por](#) el vigésimo aniversario de la moneda. Sin duda, Habrá habido muchas palmadas en la espalda y bebido champán. Pero, ¿verá el euro su cumpleaños número 30, 40 o 50?

Yo no estoy tan seguro. Las fisuras dentro de la UE se están ampliando y, en algún momento en el futuro, el bloque tendrá que decidir qué quiere ser: un superestado europeo o una colección más flexible de estados independientes. Si no toma esta decisión, la UE puede fragmentarse y el euro correrá inevitablemente la misma suerte.

** historiador, autor y ex político. Fue miembro del Parlamento Europeo entre 2009 y 2019 y fue un destacado activista a favor del Brexit.*